

# EL XXV ANIVERSARIO DEL ESTRENO DE *OFICINA DE HORIZONTE*, Y OTROS RECUERDOS EN TORNO A MIGUEL LABORDETA

por

ANTONIO FERNANDEZ MOLINA

A principios de 1950 decidí editar la revista de poesía «Doña Endrina». Poco después, durante mi servicio militar, hice realidad el proyecto que venía elaborando desde los años de la adolescencia.

En aquellos momentos, mi permanente interés por la poesía me empujaba a la búsqueda constante de poetas afines a mi sensibilidad y a la de mundos poéticos que me enriquecieran y descubrieran nuevos aspectos y matices de la creación. Afortunadamente ello me llevaba de descubrimiento en descubrimiento. Los libros deseados con frecuencia llegaban a mí por vehículos que parecían rozar lo maravilloso, de insólita manera. Recuerdo que a *Voces*, de Antonio Porchía, una de las míticas publicaciones en que pensaba con frecuencia, e inexistente en bibliotecas y librerías, lo vi en una galería de arte bajo el brazo de un espectador. Ante mi entusiasmo, el dueño no dudó en prestármelo. A las poesías de Olivario Gironde las descubrí en el estante de un camarote de un barco, al que visité casualmente. Reaccioné de tal modo que su dueño, el marino y poeta argentino Ariel Canzani, me lo regaló espontáneamente. También solía aparecer el libro anhelado en algún tenderete de libros de viejo encontrado al azar en alguno de mis madrileños paseos ciudadanos. Así llegaron hasta mí algunos de los entonces inencontrables libros de Lautreamont, León Bloy, Max Jacob, Carranque de Ríos. Una *Antología poética* de Pierre Reverdy, editada por T. Seral Casas, en la misma colección donde apareció *Violento idílico* de Miguel Labordeta, la encontré en un casual viaje a Burgos, en el escaparate de una modesta librería,

donde su presencia resultaba bastante insólita. Algo semejante me sucedió con la novela del poeta chileno Braulio Arenas, de quien ya conocía otros textos novelescos, *La endemoniana de Santiago*. Y este tipo de cosas me han venido ocurriendo a lo largo de los años. En aquella época, principios de los cincuenta, muchos libros interesantes e inencontrables, de poesía, me los prestaba algún amigo dueño del tesoro. De esta forma leí prácticamente todo lo más importante de la generación del 27, en sus primeras ediciones. A veces leía algún libro en las librerías y en ocasiones esta actitud le hizo ponerse nervioso a algún librero. También me ayudaron las bibliotecas; con anterioridad, en alguna medida, la Provincial de Guadalajara, donde cursé el bachillerato, y después sobre todo las del Ateneo de Madrid y la Biblioteca Nacional. En éstas encontraba prácticamente todo lo referido a literatura española. Tenía más dificultades con los libros extranjeros. Pero tengo la impresión de que, de una u otra manera me han llegado los libros que he deesado leer. Y fue a la Biblioteca Nacional de Madrid donde acudí, precisamente cuando había decidido publicar mi revista, en busca de los libros de Miguel Labordeta, a quien acababa de descubrir, y había despertado mi interés, en el curso de una conversación sobre poesía española contemporánea.

Por entonces, con los poetas con que me relacionaba, estaba en franco desacuerdo con la poesía más aparatosamente difundida e intuíamos y creíamos saber —no nos equivocábamos— que lo más conocido no era lo más auténtico y valioso y que ello permanecía más oculto. Lo que por otra parte normalmente sucede en cualquier época.

Mi interés en la poesía española de entonces se inclinaba hacia los «postistas», generalmente ridiculizados y denostados, a quienes el paso del tiempo se ha encargado de rehabilitar. Pero no conocía exhaustivamente el panorama y estaba seguro de que había algo más, como así era.

Estaban en la biblioteca, y me los sirvieron, los tres primeros libros de Labordeta, representantes de su primera y extraordinaria etapa, *Sumido 25* (escrito a sus veinticinco años) publicado en 1948, *Violento idílico* en 1949, y *Transeúnte Central* en 1950.

Aquella lectura fue una conmoción para mí. Creo que sólo he tenido otra equivalente cuando poco después descubrí al poeta portugués Fernando Pessoa.

En Labordeta encontré un lenguaje nuevo y un mundo sorprendente que de algún modo enlazaba con aquella poesía, especialmente francesa, que me atraía. Me ofrecía una faceta insólita

*El XXV Aniversario del estreno de «Oficina de Horizonte»*

en nuestra poesía. La suya estaba llena de iluminaciones, de intuición, de hallazgos, de lírico desenfado, plena de humor y sobre todo de ternura. De una madurez poética que superaba a lo que conocía de la poesía del momento y nada tenía que ver con ella, y muy poco incluso con los poetas de la generación del 27. Aquellos libros estaban publicados en ediciones cortas que prácticamente sólo circulaban entre amigos y los contados ejemplares que iban a las librerías acaso permanecían semiocultos en algún rincón no muy accesible. Hoy ya son importantes documentos de la poesía y auténticas joyas bibliográficas.

El descubrimiento de su poesía me decidió a escribirle e iniciamos un trato epistolar que fue el comienzo de una amistad de la que guardo el mejor de los recuerdos.

En 1951 apareció «Doña Endrina» (el último número es de 1955 y en total se publicaron seis) y en el número 1 colaboró Labordeta con un extenso fragmento de su «Balada del profesor gorrión» que impresionó a los lectores. Recuerdo que los jóvenes amigos poetas lo recitaban en nuestros paseos al atardecer.

Esta tarde no estoy para visitas.  
Hay una luna azul por las orillas de los cielos  
y un trueno de tristeza en mi bolsillo.

.....

¿Y vosotros, mis amados discípulos,  
qué manoseáis, cuanta hojalata  
cubre ya vuestros pechos de orangután centrípeto?  
Me retiro a descansar, pues me duele el ombligo.  
Seguid vuestra carrera de emperadores.  
Hemos de encontrarnos al final, después.  
Esta tarde no estoy para visitas.

En ese número de la revista además de otros colaboradores, publicaron poemas la casi totalidad de la plana mayor del postismo, Eduardo Chicharro, Silvano Sernesi y Gabino Alejandro Carriedo.

En el número 3 se publicó *Viernes con argumento*. Y permaneció ahí hasta que, en 1975, Pedro Verges reunió, con el título de *La escasa merienda de los tigres*, un libro organizado con poemas de Miguel Labordeta publicadas en revistas de la época y aún sin recoger en volumen.

A través de Labordeta me puse en contacto con otros poetas de Zaragoza. En la revista colaboraron Atilano Lamana y Manuel Pinillos. También se publicaron bastantes dibujos de Laguardia.

*Antonio Fernández Molina*

Al mismo tiempo que la poesía me preocupaba la pintura y cuidaba las colaboraciones plásticas. También publicaba una colección de libros «Doña Endrina», donde apareció uno de Pinillos. Labordeta iba a publicar otro, pero la colección terminó. Andando el tiempo le publiqué una *Pequeña Antología* en 1970, en la Colección Tamarindo que en Palma de Mallorca llevaba con otros amigos. Su muerte impidió que él viera publicado un libro suyo en esta colección.

Nunca mostraba especial interés en publicar. Mas bien lo rehuía. Después de un primer período de bastante actividad, que duró hasta 1955, se mostraba reacio a que aparecieran cosas suyas y buena parte se publicaron por insistencia de sus amigos. Pero no siempre se conseguía. Particularmente durante mi etapa de secretario de redacción de la revista *Papeles de Son Armandans*, no conseguí un texto suyo, aunque le insistía y me hubiera satisfecho mucho publicarlo.

Vino en varias ocasiones a Mallorca. Y allí le presenté a Julio Campal, el poeta uruguayo-argentino que tanto influyó en la vanguardia poética española y a quien Labordeta ayudó con su proverbial generosidad.

Poco antes de morir recibí su última carta y uno de los pocos ejemplares dedicados que existen de su libro *Los soliloquios*, aparecido poco antes de su muerte, en julio de 1969, y que guardaba para repartirlos en octubre, pasada la dispersión veraniega.

Pero retrocedamos en el tiempo.

Poco después de iniciar nuestra correspondencia, un día, sin previo aviso, tomé en Guadalajara uno de aquellos trenes con billetes de tercera, viajé prácticamente de pie durante toda la noche y a primera hora de la mañana estaba en Zaragoza. Así le conocí y su presencia física superó la grata impresión que me produjo ya su primera carta. Durante unos días deambulamos en compañía de Pinillos por las calles, el parque, los bares, restaurantes y las librerías hasta mi marcha. En aquellos años vine con bastante frecuencia a Zaragoza y di alguna conferencia y recital de poesía. También hice buena amistad con Pinillos, con Manuel Derqui, y con los jóvenes poetas de la tertulia del Niké. Mi afición a la pintura me llevó a visitar a Santiago Lagunas cuando vivía en el Coso, quien me regaló un nacimiento hecho a la cera con un procedimiento por él no sé si inventado pero sí, llevado a su máxima expresión. Ante mi curiosidad no dudó en comunicarme su técnica. Por entonces yo era un poeta tan interesado por la pintura que

*El XXV Aniversario del estreno de «Oficina de Horizonte»*

me defendía para no dejarme atrapar por ella, aunque ya había expuesto en un par de colectivas, y precisamente en una en la que también expuso Lagunas. Andando el tiempo la pintura me cogió de lleno.

A Labordeta también le veía con alguna frecuencia cuando él viajaba a Madrid. Entonces me lo comunicaba y quedábamos citados.

Además de nuestro interés por la poesía nos unía el que teníamos por la pintura. Por él fue como los poetas residentes en Guadalajara y los de mi círculo en Madrid, por entonces pioneros defensores del arte abstracto entramos en contacto con el *Grupo Pórtico*, y sus pintores colaboraron en revistas como *Deucalión* y *El pájaro de paja*.

Miguel, publicaba en las revistas los poemas del ciclo de *Eplírica* que con el título inicial de *Las nueve en punto* iba a publicarse. Luego salió bastantes años después, 1961, con cubierta de Santiago Lagunas. A continuación, hacia 1954, escribió *Oficina de Horizonte* y recuerdo que en uno de mis viajes a Zaragoza, en compañía de Pío Fernández Cueto fuimos los tres al Teatro Principal a visitar a Carlos Lemos, amigo de Cueto, y que entonces estaba representando algo de Benavente, para entregarle una copia de *Oficina de Horizonte*.

Me casé en Guadalajara en septiembre de 1955 y uno de los puntos del itinerario de mi viaje de novios fue Zaragoza. Llegamos un día en que Labordeta estaba en Madrid. Regresaba de madrugada. Con Pinillos fuimos a cenar y a pasar unas horas en un local para hacer tiempo hasta la llegada del tren. Acudimos los tres a la estación. De aquellos días queda un documento. Una fotografía en la que mi mujer y yo estamos con todos los amigos de la peña Niké, en el café. La fotografía se expuso en la Galería Atenas en uno de los actos del homenaje que se le dedicara a Labordeta en 1977.

Pronto terminó el viaje de novios. Pero no tardé en volver a Zaragoza pues se preparaba el estreno de *Oficina de Horizonte* y Miguel me invitó al acontecimiento. Creo que fue la única persona que vino de fuera para asistir al estreno. En el momento de escribir esto hace veinticinco años. El día del estreno era un domingo de noviembre, con el aspecto característico de esta época del otoño. Yo me alojaba en una fonda donde también lo estaba Agustín Ibarrola y donde hice alguna comida en su compañía y las de Miguel y Pío Fernández Cueto.

*Antonio Fernández Molina*

El programa de la función, que aún conservo, es una cuartilla doblada en su centro con las cuatro páginas impresas. En la primera se lee:

**TEATRO ARGENSOLA**

Zaragoza, 6 noviembre 1955  
a las once y media de la mañana,  
Representación de la tragicomedia  
en dos edades y media de

**MIGUEL LABORDETA**

**OFICINA DE HORIZONTE**

En la segunda página:

**T I P A S**

ESPERANZA (la mujer que todos soñamos)

Lola Gomollón

EVA (la mujer que todos tratamos)

Lola Gomollón

**T I P O S**

SATURNO (maniquí)

Mario Barraicoa

ANGEL (el poeta)

Pío FERNÁNDEZ CUETO

En la tercera página:

apuntador

**MANUEL SERRANO**

segundo apuntador

**JOSÉ LUIS TOBÍAS**

Decorados pintados exprofeso

para

**OFICINA DE HORIZONTE**

de

**AGUSTÍN IBARROLA**

En la cuarta página: La reproducción de la cabeza de Pío Fernández Cueto pintada por Ibarrolla. También intervino el entonces adolescente poeta José Antonio Labordeta que en aquella

*El XXV Aniversario del estreno de «Oficina de Horizonte»*

ocasión actuó por primera vez en un teatro, aunque invisible, prestándole su voz a Saturno.

A esta sesión asistió un público de amigos, y de muy especialmente interesados por el teatro de vanguardia.

La pieza típica del teatro poético escrito en la línea de su poesía, aunque en prosa, al modo de otros grandes poetas. Sin duda Labordeta podría haber conseguido, de haber perseverado en su cultivo, una obra teatral en la línea de un Cocteau o de un Yeats. O pudiera haber sido en nuestro país un representante del teatro actual equivalente al de Ionesco, o un Adamov.

En la pieza hay elementos autobiográficos pero, más que referidos a la anécdota personal son elementos autobiográficos esenciales de la condición del poeta y especialmente del poeta en el momento y en la sociedad en que fue escrita. Su aliento epilírico es sin duda único en nuestro teatro.

Se representó en sesión única. Y el autor se sentó entre el público. Estuve a su lado en las últimas filas. Y no salió a recibir los aplausos finales.

Entre el público asistente recuerdo además de los citados a Baratario, Raimundo Salas, Bernardos, Julio Antonio Gómez, y Derqui. No alcanza a más mi memoria. Después del estreno nos reunimos unos cuantos en un bar. Julio Antonio Gómez estuvo a punto de derramarle una caña de cerveza a Derqui y éste le amenazó amistosamente con escribir un cuento en que apareciera un hombre muy gordo. Baratario, muy entusiasmado, hablaba con los más jóvenes animándoles a seguir trabajando por el teatro y explicando cómo de un modo similar habían empezado experiencias que luego alcanzaron gran dimensión.

Unos cuantos nos reunimos a comer en un restaurante. Al caer de la tarde, tomé un tren que me llevó directamente a Madrid. En la soledad de mi viaje de vuelta me acompañó la lectura de un libro y me arrojó la intimidad melancólica del otoño.